

4 de septiembre de 2022
23° Domingo del Tiempo Ordinario Ciclo C



LECTURAS

Sabiduría 9,13-19: ¿Quién es el hombre que puede conocer los designios de Dios? ¿Quién es el que puede saber lo que el Señor tiene dispuesto? Los pensamientos de los mortales son inseguros y sus razonamientos pueden equivocarse, porque un cuerpo corruptible hace pesada el alma y el barro de que estamos hechos entorpece el entendimiento. Con dificultad conocemos lo que hay sobre la tierra y a duras penas encontramos lo que está a nuestro alcance. ¿Quién podrá descubrir lo que hay en el cielo? ¿Quién conocerá tus designios, si tú no le das la sabiduría, enviando tu santo espíritu desde lo alto? Sólo con esa sabiduría lograron los hombres enderezar sus caminos y conocer lo que te agrada. Sólo con esa sabiduría se salvaron, Señor, los que te agradaron desde el principio.

Salmo 89: Tú haces volver al polvo a los humanos, diciendo a los mortales que retornen. Mil años para ti son como un día que ya pasó; como una breve noche. Nuestra vida es tan breve como un sueño; semejante a la hierba, que despunta y florece en la mañana y por la tarde se marchita y se seca. Enséñanos a ver lo que es la vida y seremos sensatos. ¿Hasta cuándo, Señor, vas a tener compasión de tus siervos? ¿Hasta cuándo? Llénanos de tu amor por la mañana y júbilo será la vida toda. Haz, Señor, que tus siervos y sus hijos, puedan mirar tus obras y tu gloria.

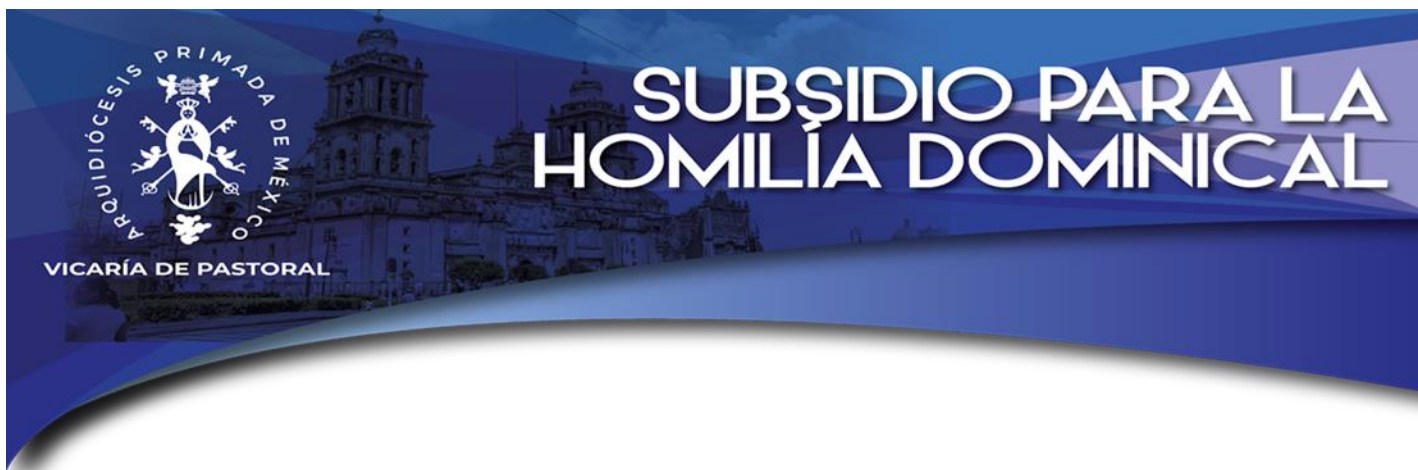
Filemón 9-10.12-17: Querido hermano: Yo, Pablo, ya anciano y ahora, además, prisionero por la causa de Cristo Jesús, quiero pedirte algo en favor de Onésimo, mi hijo,



a quien he engendrado para Cristo aquí, en la cárcel. Te lo envío. Recíbelo como a mí mismo. Yo hubiera querido retenerlo conmigo, para que en tu lugar me atendiera, mientras estoy preso por la causa del Evangelio. Pero no he querido hacer nada sin tu consentimiento, para que el favor que me haces no sea como por obligación, sino por tu propia voluntad. Tal vez él fue apartado de ti por un breve tiempo, a fin de que lo recuperaras para siempre, pero ya no como esclavo, sino como algo mejor que un esclavo, como hermano amadísimo. Él ya lo es para mí. ¡Cuánto más habrá de serlo para ti, no sólo por su calidad de hombre, sino de hermano en Cristo! Por lo tanto, si me consideras como compañero tuyo, recíbelo como a mí mismo.

Lucas 14, 25-33: En aquel tiempo, caminaba con Jesús una gran muchedumbre y él, volviéndose a sus discípulos, les dijo: "Si alguno quiere seguirme y no me prefiere a su padre y a su madre, a su esposa y a sus hijos, a sus hermanos y a sus hermanas, más aún, a sí mismo, no puede ser mi discípulo. Y el que no carga su cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo. Porque, ¿quién de ustedes, si quiere construir una torre, no se pone primero a calcular el costo, para ver si tiene con qué terminarla? No sea que, después de haber echado los cimientos, no pueda acabarla y todos los que se enteren comiencen a burlarse de él, diciendo: 'Este hombre comenzó a construir y no pudo terminar'. ¿O qué rey que va a combatir a otro rey, no se pone primero a considerar si será capaz de salir con diez mil soldados al encuentro del que viene contra él con veinte mil? Porque si no, cuando el otro esté aún lejos, le enviará una embajada para proponerle las condiciones de paz. Así pues, cualquiera de ustedes que no renuncie a todos sus bienes, no puede ser mi discípulo".





LÍNEAS TEOLÓGICAS FUNDAMENTALES

¿ES POSIBLE CONOCER CUÁL ES LA VOLUNTAD DE DIOS PARA MI VIDA?

La primera lectura, tomada del libro de la Sabiduría, comienza con una interrogante: ¿Qué hombre conoce los designios de Dios? Es una interrogante que nos interpela e invita a intentar una respuesta. No obstante, les invitamos a que no apresuren esa respuesta. Porque, habiendo nacido y desarrollado en una cultura de cuño cristiano-occidental, podrían ustedes pensar que es una pregunta de primero de catecismo y que la contestación es evidente: ¡Pues desde luego hombre, eso está más que claro en la Biblia!

Sin embargo, me parece que la respuesta no es tan sencilla, pues aunque es cierto que la revelación de Dios contiene todo aquello que el hombre necesita para su salvación/plenitud y esta revelación es de aplicación universal, no es menos cierto que las problemáticas concretas que el hombre enfrenta en su devenir cotidiano no encuentran una respuesta tipo "receta de cocina" en las páginas sagradas de la Escritura y exigen una profunda reflexión y discernimiento.

Daremos un ejemplo bien claro de lo que afirmamos: supongamos que una bella muchacha piensa que se ha enamorado del no tan bello compañero de estudios y siente que mariposas revolotean en su interior cuando ve la figura del amado y solamente piensa en el momento de volver a verlo y se pasa las horas hablando con el susodicho –con la consiguiente furibunda reacción paterna por la enorme cuenta telefónica que habrá que pagar-, etc. Total, un buen día "Petronila" –que así llamaremos a la dulcinea- decide formar matrimonio con "Maclovio". Supongamos –que atrevimiento- que Petronila y Maclovio son cristianos y, entonces, lo primero que se preguntan es: ¿Querrá Dios que



nos casemos? ¿Será esa su voluntad y su designio para nuestra vida? Reconozco que quizá estoamos suponiendo demasiado al pensar que aún queden parejas que se pregunten tal cosa antes de dar el paso al matrimonio, pero permítanos usted soñar un poco.

Una vez que se han sopesado los pros y contras racionales, queda aún la interrogante de fondo: ¿Qué tiene que decir Dios? Todo parece indicar que el matrimonio tiene probabilidades de éxito, pero aún falta saber lo que opina el Señor. ¿Y cómo se le pregunta? Ni Maclovio ni Petronila tienen “enchufe” directo con el Espíritu Santo ni tampoco poseen “ciencia infusa” para conocer de inmediato la voluntad de Dios que, evidentemente ha instituido sacramentalmente el matrimonio y sus bondades, pero la pregunta no es esa, sino: ¿Es este matrimonio bueno para nosotros?

Y recordemos que lo bueno, en la Biblia, no es lo que se ajusta a un código ético o moral, sino lo que se corresponde plenamente con el designio creador de Dios. Parece que nuestros héroes se encuentran en un dilema de no fácil solución.

Otro ejemplo; amar al enemigo es una máxima evangélica de la cual ningún discípulo está exento, eso queda claro en las páginas del Evangelio de Mateo y en muchos otros textos del Nuevo Testamento, lo que no queda tan claro es el cómo voy a aplicar esa máxima evangélica en las diversas situaciones en las que me enfrentaré a un enemigo. ¿Cómo amaré a un violador si le descubro realizando su felonía? ¿Cómo amaré al soldado extranjero que frente a mis narices asesina a un compatriota? ¿Cómo amaré al jefe de departamento que comete un ilícito e implica a un compañero inocente?

Seguir a Cristo no es cuestión de aplicar a rajatabla y literalmente las enseñanzas bíblicas. Si así fuera, tendríamos que irnos a radicar a Mesopotamia para imitar el periplo de Abrahán, aprender arameo para hablar la lengua de Jesús, ser publicano o pescador para poder ser discípulo, vivir en la miseria para vivir la pobreza evangélica, andar por la vida cojos, mancos o tuertos, etc.

Pero no, hermanos, ser discípulo significa algo más profundo y radical, significa el fatigoso esfuerzo por configurar la vida en Cristo, asumir sus valores y principios, actualizando el espíritu de su Palabra en todas y cada una de las vicisitudes de nuestra existencia. No somos vulgares imitadores de Cristo, somos aprendices del único modo de ser hijo que nos ha enseñado Jesús, somos eternos buscadores de la voluntad del Padre revelada en El Hijo que provoca la complacencia de su *Abbá*.

Para ello se requiere, evidentemente, de “herramientas” que nos permitan identificar con claridad la Palabra de Dios en la historia, en nuestra historia personal y en el devenir del mundo que nos rodea. Recordemos que, ante todo, Dios se define a sí mismo como Palabra y por lo tanto como comunicación, salida, revelación de sí mismo y de su designio salvador. Y recordemos también que hemos sido creados como dialogantes válidos ante Él, “*capax Dei*” (capaces de escuchar y atender a Dios) es el hombre, criatura espiritual



atraída indefectiblemente hacia el Absoluto. ¿Y cuáles son esas herramientas interpretativas? A nuestro juicio, son básicamente –aunque no exclusivamente- cuatro:

1.- *Oración*: Pero entendida en el sentido bíblico, no como la repetición cuasi-mágica de ciertas fórmulas lingüísticas aprendidas de memoria y perfectamente catalogadas según su función y propósito. No, la oración entendida como la permanente apertura a la escucha de Dios. La oración es ante todo la disposición totalizadora ante el Señor. Lo resume el excelso místico San Juan de la Cruz con su frase...“con el corazón ardiendo y la mente en blanco”, contemplando extasiados el Misterio y esperando la Palabra que escriba con letras de fuego la voluntad del Señor.

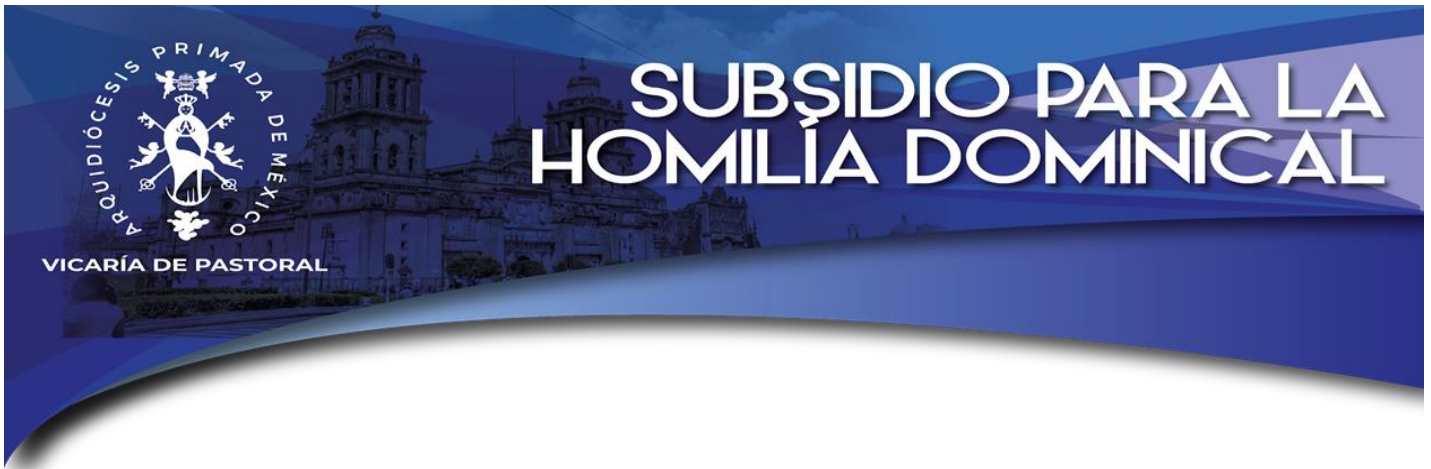
2.- *Meditación y estudio de la Palabra*: En la medida que nos apegamos a la Palabra (y aquí me refiero específicamente a la Sagrada Escritura), Dios mismo va generando un espacio intersubjetivo de estrecha vinculación con Él, se va desarrollando una intuitiva capacidad de sintonía con el espíritu de la Palabra. Desde luego que esto requiere de un proceso que empieza por crear el hábito de la lectura, pasa por el estudio y termina con la escucha espiritual de los textos sagrados.

3.- *Experiencia comunitaria "ad intra"*: Definitivamente la vivencia impersonal, masificante, del cristianismo es una falacia. Simplemente a eso no se le puede llamar cristianismo. La comunión –o *koinonia*- requiere de la interrelación, del compromiso y solidaridad con un grupo de hermanos de los cuales conozco sus rostros, sus nombres y apellidos, dónde viven y sus luchas, miedos, sueños e ilusiones. En suma, comparto con ellos lo que soy y lo que tengo. Y resulta evidente que esto es imposible de vivir en una estructura que no favorece la comunión o una congregación multitudinaria. De aquí la necesidad de volver a la experiencia de pequeñas comunidades que favorezcan la comunión de vida. Esto, desde luego, no quiere decir que estas comunidades deban desvincularse de sus Parroquias o congregaciones, pero éstas deben buscar favorecer la experiencia de pequeñas comunidades en su seno. Es en la comunidad así entendida que Jesús se hace presente (“Donde halla dos o más reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”). La comunidad es un espacio privilegiado para escuchar y discernir la voluntad de Dios.

4.- *Experiencia comunitaria "ad extra"*: No basta alimentarse de la comunidad, es necesario compartir ese alimento con los demás, con aquellos que, no perteneciendo nominalmente a ella, sufren, carecen y esperan de ella el signo del Reino hecho historia. Los pobres (entendidos como categoría teológica y no solamente sociológica) son un espacio también irrenunciable para discernir la voluntad de Dios. Por la boca de ellos habla el Señor.

Así, viviendo este dinamismo de búsqueda de la voluntad de Dios, nos atreveríamos a responder positivamente al cuestionamiento con que encabezamos la presente reflexión: ¿Es posible conocer cuál es la voluntad de Dios para mi vida?





SUGERENCIAS PRÁCTICAS DE APLICACIÓN ESPIRITUAL

- El tema fundamental, el hilo teológico que une las lecturas de este domingo es la sabiduría que solo podemos adquirir con la escucha atenta de la Palabra. Sabiduría que nos lleva al seguimiento de Jesús y que se expresa con actitudes concretas como la fraternidad y la comunión de vida.
- ❖ ¿De qué forma expresas en tu vida que conoces la voluntad de Dios, que estás atento a la sabiduría de su Palabra?
- ❖ ¿Qué realidades prefieres por encima de Jesús?
- ❖ En una hoja en blanco forma dos columnas: en la izquierda pon todo lo que más amas (no incluyas a Jesús). En la otra columna pon a Dios. Ahora, pregúntate, realmente si no hay, para ti, nada más importante que el Señor, si estarás dispuesto a abandonar cualquier realidad para seguir a Jesús.





CANTOS QUE ILUSTRAN LA PALABRA

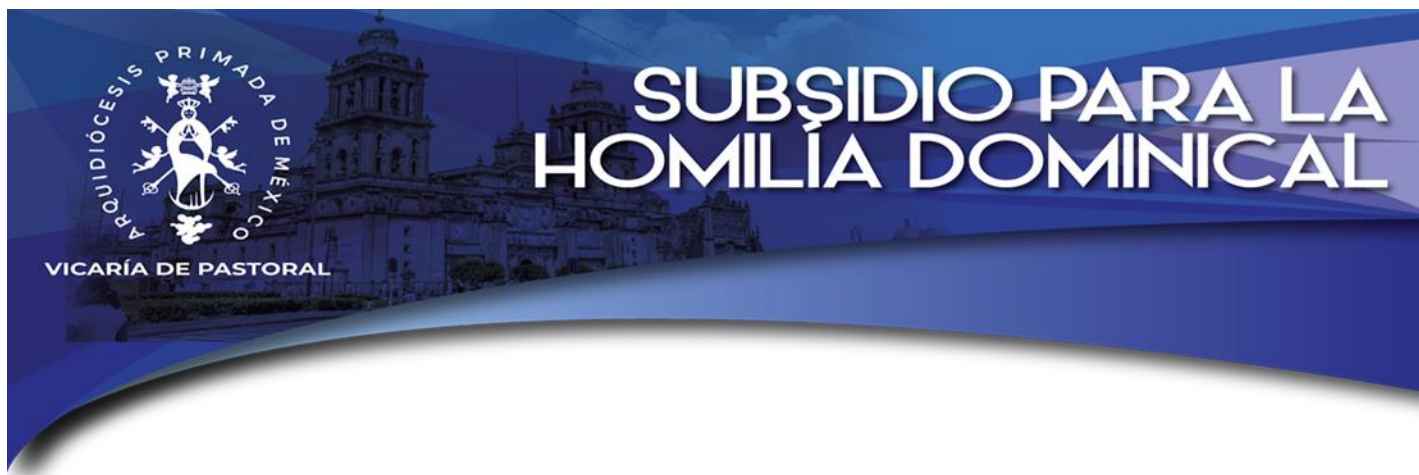


Te invitamos a orar y reflexionar con este bello canto:

<https://www.youtube.com/watch?v=9pIZFogf>

Gmo





LA ENSEÑANZA DE LA IGLESIA



El Papa: Santa Clara, modelo de valentía en el seguimiento de Cristo (Audiencia del 11/08/2021)

<https://bit.ly/3tIMSE7>





ECOS DE LA PALABRA DESDE LA DIMENSIÓN DE PASTORAL JUVENIL VOCACIONAL

LA SABIDURÍA, EL CAMINO DEL CRISTIANO

Desde la antigüedad se tenía gran aprecio por los hombres sabios, es decir, aquellos que juzgaban con sensatez, prudencia y acierto las diversas cuestiones de la vida adquiridas por la experiencia. Esta sabiduría era admirada sobre todo por los más jóvenes. A pesar de ello, esta sabiduría en nada tiene que ver con la sabiduría que proviene de Dios. Uno de los dones del Espíritu Santo que se nos da en el bautismo es la sabiduría, que es entendida como aquel don que nos permite juzgar con los criterios de Dios y no con los de los hombres.

Sin ella, ¿cómo sería posible plantear dignamente en nuestras vidas, afrontar sus dificultades, conservar siempre una actitud de profunda paz y serenidad interior? Para ser sabios, como señala la primera lectura, es necesario ser humilde: el hombre naturalmente debe de reconocer sus propios límites, unido al deseo del gran don de la sabiduría que nos enriquece desde dentro.

El hombre de hoy ya no abraza la sabiduría de Dios, abraza los banales conocimientos que puede encontrar en los medios digitales y en el universo material. Ante la búsqueda de un sentido de la vida y ante la crisis de líderes auténticos, los consejos y recomendaciones que se encuentran en la inmediatez de las redes sociales se vuelven norma de vida. Las conciencias de los jóvenes ya no son educadas por las familias sino por los medios digitales. El Evangelio de hoy ha señalado 3 condiciones para ser sabios: poner a Dios por encima de todas las cosas, abrazar la cruz y renunciar al amor a los bienes materiales. En estas 3 máximas se resume la sabiduría del ser cristiano.

